

LAS OTRAS PATAS DE LA SILLA
[Flecha](#)



Viernes Abril 24, 2015

- [Facebook](#)
- [Twitter](#)
- [Google](#)
- [Youtube](#)
- [RSS](#)

- [Olvidó su contraseña?](#)
- [Registrarse](#)
-
-
- [Olvidó su contraseña?](#)
- [Ingresar](#)
- [Registrarse](#)
- [Cerrar](#)

Últimas entradas



¿A quién le importan los narcotraficantes?	2371
La cooperación criminal entre mexicanos y colombianos: Centroamérica en la mitad	1735
Riesgos de Naranja en México	1888
Tecnología y narcotráfico	2258
La legitimación de lo ilegal	1384
Toxicomanía	1401

Twitter del autor

[narcorama](#)

Hilos temáticos:

Un tugurio paraco

Por: [narcorama](#), Vie, 2011-06-24 00:33

Por: Casa de las Estrategias.

00:58

Habían arrancado con el Picó (Pick-Up) a todo volumen desde las 12 de la tarde ese sábado. A fuerza de dolor de oído había aprendido que Picó (Pick-Up) en la costa no era un carro, o por lo menos no sólo eso, si no una camioneta con equipo de sonido o mejor un equipo de sonido con camioneta. Los bafles puestos en una calle estrecha sin pavimentar eran como de concierto y la música, casi toda, reggaetón.

Estaba en Colombia (o en cualquier parte de Latinoamérica), en las partes chiquitas de La Costa sin costa, en un barrio tugurial de una de sus tres ciudades, estaba en el Barrio Simón Bolívar[#]. Uno se puede volver loco en un barrio de esos. Lo periférico, lo insalubre y el miedo. Esperaba quedarme un mes, pero al otro día me iría con el primer suspiro del amanecer, como los niños que secan pesadillas con la luz solar.

Llevaba quince días viviendo en una de las mejores casas, en una de las mejores cuadras, o la segunda mejor cuadra, es decir, la vecina a “la cuadra de los paracos”. Simón Bolívar era un vertedero de residuos tóxicos, luego un asentamiento ilegal y aún sigue más de la mitad del barrio sin agua y casi todo sin alcantarillado. En verano es una polvareda de mierda seca y en invierno un charco de mierda licuada, por lo que el primer sufrimiento es el del olfato. Poco crece en Simón Bolívar después de ser un vertedero por lo que hay muy pocos árboles y, estando muy lejos del mar, el sol aprieta más que en cualquier otro lugar que conozca de esta ciudad.

Por los químicos que hay enterrados y que, según me cuentan, han causado defectos congénitos en la piel de los bebés, me insisten en que no vaya a caminar descalzo. No sabría decir si mi hospedaje es de piso de tierra o no. Los recuerdos se diluyen: me parece que alguien me dijo que vivía en una de las pocas casas de piso y material, pero recuerdo el doble terror al sentir la tierra en mi pecho cuando me tendría que tirar al piso esa noche.

Habían pasado ocho días después del baño de haber visto una cucaracha en exploración dentro de mi arroz blanco que me había quitado el apetito. Ya comía un poco mejor, escapándome siempre al almuerzo a un estadero muy improvisado donde preparaban sancocho con leña para los buseteros.

01:13

Esa madrugada sentía primero impaciencia saber que mi cita para el primer grupo focal del día empezaba temprano, pero luego empezaría a primar ese instinto de supervivencia que relativiza todo, haciendo secundario dormir y deseables las jornadas más largas de trabajo. Nunca me había gustado tanto trabajar como en esa época: mis deseos estaban en escapar de la soledad y del dormitorio y en esa noche me sentía agobiado, intimidado por un carnaval medio neurótico de unos adolescentes, dentro de los que sospechaba estaban los armados.

El pick-up estaba a media cuadra, pero todo el barrio se había convertido en una taberna y un grupo de cuatro o cinco muchachos estaban en las escaleras de la entrada de mi casa, hablando a los gritos. En algunos barrios de Colombia el vecino bravo habla de cultura ciudadana y redacta querellas, en otros tiene armas y garabatea “listas negras”.

Hay cosas que se reconstruyen con el tiempo, en especial, los afectos y las sensaciones. Hoy quiero mucho a unos mandeleros, pero en ese entonces no disfrutaba la belleza de la gente y no era consciente del vínculo afectivo que se formaba con un montón de mujeres que se encargaron de cuidarme y reeducarme; un guajiro de cara dura pero ojos dulces y un chilapo muy flaco y despelucado que se reía como niño. Cuando se superaba, el asco, el calor, la sed, el desgano gástrico y la tristeza desenfocada, lo que quedaba, de mí en ese barrio, era puro tedio.

02:49

Fue por las 3 de la mañana que ya no hacía frío ni calor, que dejé de imaginar pero tampoco podía tener la mente en blanco, se me quitó la rabia con el reggaetón y los pobres y el miedo por la violencia y los paracos; pero no estaba en paz, más bien estaba conforme con una cita de la que no podía escapar. Sentí que hablaban más cerca de mi puerta y decían, entre gritos, como retando a un compinche, asustemos a este paisa, y le pegaban una patada a la puerta. No fue sino hasta la segunda patada que mi puerta ajustada con un cuero se abrió

Simón Bolívar no tenía un adentro, ni un afuera, los rigores del barrio tocaban lo colectivo del poder y las intimidaciones del cuerpo. Había comprado repelente, insecticida, trampas y todo tipo de productos para las ratas y cucarachas en mi cuarto casa. Las ratas más que una fobia eran un miedo estratégico a un animal que se había apoderado de Simón Bolívar, sin horario y sin miedo a los humanos, las cucarachas, en cambio, eran un miedo irracional que me hacía despertar sacudiéndome la cara y revisando mis oídos. Salir de la casa sólo era un descanso momentáneo, la mirada siempre al suelo para no encontrarse con

una mirada de un adolescente manda-más y desafiante.

Con la desmovilización un cumulo de jóvenes, algunos en unas pandillas domesticadas por los paramilitares, quedaron sin riendas y sin medida, con la maravillosa idea de reproducir un orden de tradición larga pero asidero inestable, imitar a los paras. Parte del orden social, la noche, la delincuencia, la drogadicción y el expendio estaba controlado por adolescentes tugariales, hijos de madres agotadas varias veces abandonadas. Esos muchachos, que veía por todos lados junto a los paraderos de buses o en los billares, incapaces de comunicarse y de desembocar su timidez en una sonrisa tranquila, eran el principal signo del peligro que me hacía calcular siempre cómo hacer para no estar solo y entonces encerrarme temprano en mi casa a organizar notas.

Pero Simón Bolívar no es sólo lo paraco, son muchas más cosas, porque la gente, sus mayorías reverberantes están en otros asuntos, otras ilusiones y la violencia se va volviendo en una limitante más como las lluvias, las inundaciones o la peste, algo que configura pero no define. Hoy cuando pienso en Simón Bolívar tengo que escarbar un poco para encontrarme de nuevo con los rostros de los violentos y los mafiosos de la miseria. Para mí Simón Bolívar es coraje, dignidad y vitalidad.

Dentro de la gama de criminales colombianos el peor puede ser el “lotero”, aquel que articula el desespero de los desplazados para delimitar diminutos terrenos y hasta les vende materiales que son gratuitos o hasta basura. Curiosamente, un lotero podía hacer que un desplazado pagara hasta 10 millones por un pedacito de tierra de un lote baldío donde asentar su espanto. Pero entre loteros y mujeres colapsadas aparecen los colonos, las matronas y artistas, mujeres fuertes que no le dejan ver sus tristezas a nadie cuando, pidiendo entre vecinos, logran hacer almuerzo para todos los que lleguen.

El esposo de una de estas mujeres era un nieto de un guajiro que “nunca sufría por comida, ni se desvelaba por guardar plata”. Este hombre que caminaba como si tuviera una pierna de palo tenía unos cincuenta años y yo le podía creer que podía resistir hasta tres días sin comer tomando sólo tinto. Con ingresos menores a los de un indigente, te podía convencer que era el propio de una ranchería cuando te contaba sus últimos proyectos, aquello en lo que andaba, un compromiso de alguien importante con él. Otro de mis amigos era un artista de veinte años, de voz suave y sonrisa fácil que ponía a bailar a doscientos niños y adolescentes como fuera, hasta presentarlos en el Palacio de la Inquisición en un evento de primera categoría. Todo el día pensando en bailar y en poner a sonar esas gaitas.

02:50

Con el primer estruendo, me tiré debajo de la cama donde me cubría una sabana más grande que el colchón. Prueba de que la imaginación nos salva: ese plan, entre Hollywood y una aventura de Capulina, pasaba por mi cabeza desde hace más de 40 minutos, pero contrario a todas las películas de la cabeza está si se llevó a la acción. Me daba miedo que escucharan mi corazón que hinchaba y contraía lo que

alcanzaba a ver del cuarto, sentía mi pecho levantarse hasta rozar las rugosas tablas con la espalda y me parecía oler a los hombres, su aliento a ron y a aguardiente, su mariguana. Me sentía más pequeño y a ellos grandes como sombras que se extendían hasta metérseme por la nariz y hasta mis pulmones.

A los pocos minutos se fueron, parece que revisaron en el patiecito, se llevaron una de mis dos maletas y dijeron un montón de cosas entre risotadas y sorbos de baba, yo sólo entendí, este malparido paisa se fue. Después de que se fueron la puerta quedó abierta de par en par y la rumba seguía cerca y yo escuchaba gente que pasaba. Me quedé sonriendo ahí dos horas aferrado a la vida haciéndome el muerto. Había terminado. Estaba vivo. Sin embargo, la vida se seguiría ordenando en esos tugurios con crueldad pronta y compensaciones lentas.

*#Aunque toda la etnografía y las anécdotas son reales el nombre del barrio es cambiado por respeto a sus pobladores.

[Inicie sesión](#) o [regístrese](#) para comentar

Comentarios - Cada usuario tiene la posibilidad de incluir solo tres comentarios [Reglas de usuarios](#)

Luis Emilio Patarroyo

[Ver perfil](#)

Mié, 2012-01-25 21:08

Es muy bueno encontrar en un medio como éste, la calidad literaria para contar lo que un periodista de academia desdeñaría por salirse de los parámetros rígidos de la noticia. El periodista se mueve entre los hechos y la matemática que los cuenta como si los lectores fuesen lisiados mentales. Pero quien escribe el artículo, comunica mucho más de lo que dice, profundiza en una realidad que de tanto mirar pasamos por alto y describe muy bien el corazón de la cultura lumpen que socava el espíritu de muchos rincones de nuestro país. Quienes ven a Colombia desde las cafeterías humeantes cercanas a los antros de la democracia, van a decir que esto es "literatura" y con eso se niegan la realidad y siguen repartiendo la riqueza del país y soñando con que nos acepten en el club de los 7 países más ricos del mundo.

[Inicie sesión](#) o [regístrese](#) para comentar

Sebastian Solicolocan

[Ver perfil](#)

Sáb, 2011-07-23 21:26

La inspiracion de "nuestra generacion" es como un clamor horrible. Senti cada letra !

[Inicie sesión](#) o [regístrese](#) para comentar

Jalule

[Ver perfil](#)

Jue, 2011-06-30 11:39

Es MUY fuerte este escrito... gracias, pero... Dios. :(

[Inicie sesión](#) o [regístrese](#) para comentar

dianahurtado

[Ver perfil](#)

Mar, 2011-06-28 14:16

Por lo que usted describe, ESE BARRIO ES EL INFIERNO! Como para decirle al vecino que le baje al "PICÓ", termina uno con un tiro.

[Inicie sesión](#) o [regístrese](#) para comentar

PerroGozque

[Ver perfil](#)

Lun, 2011-06-27 10:46

Parafraseando a Vallejo en "Mi hermano el Alcalde": "Colombia es más o menos así, mas más que menos."

[Inicie sesión](#) o [regístrese](#) para comentar

Martha

[Ver perfil](#)

Sáb, 2011-06-25 05:12

Esto me suena al retrato que tendrá todo colombia dentro de unos años aunque he dicho en otras ocasiones que terminaríamos como Hahiti, que es parecido.

[Inicie sesión](#) o [regístrese](#) para comentar

[Añadir nuevo comentario](#) [Reglas de usuarios](#)

- [¿Quiénes somos?](#)
- [Prensa](#)
- [Políticas de privacidad](#)
- [Reglas de usuarios](#)
- [Contáctenos](#)
- [¿Quiere anunciar?](#)
- [Se vende](#)

- [Preguntas frecuentes](#)

Copyright © 2013 La Silla Vacía. Todos los derechos reservados.